

# LA IBERIA MÉDICA,

PERIODICO OFICIAL DE LA ACADEMIA QUIRURGICA MATRITENSE

Y DEL

CUERPO MEDICO-FORENSE DE MADRID.

AÑO III.

MADRID 20 DE MARZO DE 1859.

NÚM. 16.

## RESUMEN.

**SECCION GUBERNATIVA.**—Necesidad de la pronta publicacion de los reglamentos médicos.

**SECCION TEÓRICA.**—**Revista de Academias.**—Real Academia de **Medicina de Madrid.**—Vindicacion de Hipócrates y de su sistema, Memoria leída por el académico numerario Dr. D. Tomás Santero en sesion de 23 de febrero del año actual.—Discurso pronunciado por el académico numerario Dr. D. Pe-

dro Mata en la sesion del 10 de marzo del actual, relativo á la discusion acerca de Hipócrates y sus escuelas.

**SECCION PRACTICA.**—**Clinica particular.**—Extracto de las sesiones científicas del cuerpo de hospitalidad domiciliaria.

**SECCION DE VARIEDADES.**—Cronicas. Rectificaciones.

Se publica los dias 3, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Cuatro reales al mes.

Doce un trimestre.

Veinte y cuatro el semestre.

Cuarenta y ocho un año.

Ultramar y extranjero cien reales al año.

EN PROVINCIAS.

Pagando adelantado en la administracion por **encargado**, letra de giro mútuo de Hacienda, de fácil cobro ó sellos, **quince reales un trimestre: treinta un semestre y sesenta un año.**

Pagando por medio de corresposnal, **diez y seis reales un trimestre: treinta y dos un semestre y sesenta y seis por un año.**

La Redaccion y Administracion se hallan establecidas en la calle de Jardines, número 20, cuarto 3.º de la izquierda. Las horas de oficina, son de diez á tres todos los dias no feriados.

MADRID. 1859.—IMPRESA DE ANTONIO AGUIZ, calle del Baño, núm. 7.

# BOLETIN.

## ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestros suscritores que no han satisfecho el importe de su suscripción correspondiente á los meses anteriores, se sirvan remitirle en sellos de franqueo, libranzas del giro mútuo de hacienda, ó letras de fácil cobro, ó abonarle en esta redacción por persona encargada al efecto antes del día 5 del próximo mes de abril, en que se les girará. Esperamos de la deferencia, á que estamos muy reconocidos, verifiquen el pago del modo dicho, y antes del referido día, evitándonos de este modo el trabajo y considerables quebranto que el giro proporciona á las empresas periódicas.

2.<sup>a</sup> Los que no hubiesen recibido el índice de lo publicado en los números correspondientes al año anterior, ó aquellos á quienes faltase algún número para completar su colección, pueden reclamarlo en todo el corriente mes é inmediatamente se atenderá á sus reclamaciones.

3.<sup>a</sup> Quedando algunas, aunque pocas, colecciones de los dos años anteriores de nuestro periódico, si alguno desearse adquirir las, puede dar aviso á esta redacción, calle de Jardines, número 20, cuarto 3.<sup>o</sup> de la izquierda, satisfaciendo por cualquiera de los medios expresados, la cantidad de treinta rs. si quisiese la correspondiente al año de 1857 (1.<sup>o</sup> de nuestra publicación), y cuarenta si la correspondiente al de 1858 (2.<sup>o</sup> de la misma).

## VACANTES.

Por renuncia del que la obtenia se halla vacante la plaza de Médico-cirujano del concejo de Santurce en la provincia de Vizcaya con la dotacion de diez mil reales pagados por trimestres las solicitudes se dirigiran á el pre-

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la Redacción, calle de Jardines, número 20, cuarto 3.<sup>o</sup>, y en la librería de D. Carlos Baylli-Bailliere, calle del Príncipe, núm. 11.

En provincias, dirigiéndose á la Redacción, ó en casa de nuestros corresponsales, que á continuacion se expresan.

Albacete, don Ignacio García.—Alcalá de Henares, don Antonio Villarreal.—Alcoy, viuda é hijos de Martí—Alicante, don Basilio Planells.—Almería, don Mariano Alvarez y don Antonio Cordero, impresor.—Antequera, don José de los Rios.—Arnedo, don Salustiano Miez Liébana.—Ávila, don Fernando Castresana.—Badajoz, viuda de Carrillo y sobrino y don Vicente Barroso.—Barbastro, viuda de Lafita.—Barcelona, don José Martí y Artigas y la Agencia médica catalana.—Bilbao, don Tiburcio Astuy.—Brihuega, don Blas Lopez Andino.—Burgos, don Timoteo Arnaiz.—Cáceres, señores Concha y compañía.—Cádiz, don Bernabé Ferreiros.—Calatayud, don José García Rives.—Carmona, don José María Morano.—Castuera, don Ezequiel Guzman.—Ciudad-Real, señor de Malaguilla.—Ciudad-Rodrigo, don Salomé Perez.—Coruña, don Celestino Alvarez.—Estella, don Manuel Galdeano.—Ferrol, don Nicasio Tajonera.—Gandesa, don Tomás Larrea.—Gerona, don Manuel Rich.—Granada, don José María Zamora.—Gualajara, don José Martínez.—Haro, señor de Sevilla.—Huelva, don José Vicente de Oserno é hijo.—Infantes, don Francisco Gonzalez Conde.—Jaén, don Francisco Menor.—Jerez de los Caballeros, don Ildefonso Sanchez Palacios.—Leon, don Cayetano Fernandez.—Lérida, don José Pifarré.—Lugo, señor de Soto Freire.—Mahon, don Jaime Ferrer.—Málaga, La Puntualidad.—Martos, don Francisco Menor.—Mataró, don José Aba-

sidente del Ayuntamiento en el término de un mes á contar desde esta fecha: Santurce marzo 9 de 1859.

Por dimision del que la obtenia se halla vacante la plaza de cirujano titular de la villa de Arganda del Rey en la provincia de Madrid, dotada con el sueldo de 6,600 reales anuales, pagaderos por mensualidades vencidas, la que se proveerá el dia primero del próximo mes de abril.

Los aspirantes á ella, que han de ser precisamente Médico-cirujanos, y contar cuando menos cuatro años de práctica, presentarán sus solicitudes debidamente documentadas al Alcalde presidente del Ayuntamiento de la expresada villa

**Totanés** (Toledo) Médico-cirujano: poblacion 108 vecinos; dotacion 6,500 rs. Las solicitudes hasta el 28 del corriente.

**Algatocin** (Málaga) Médico-cirujano: dotacion 5,840 rs. Las solicitudes hasta el 28 del corriente.

**Duruolo** (Soria) Médico-cirujano: dotacion 8000 rs. casa y ena como vecino. Las solicitudes hasta el 29 del corriente.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA IBERIA MEDICA.

A D. J. R., Mieres del Camino, se recibió la letra.

A D. M. E., Sta. Eulalia la mayor, se recibieron los sellos.

A D. P. H. M., Babila fuente, se ha satisfecho el importe del primer semestre de su suscripcion.

A D. L. D., Sigüenza, idem. idem.

A D. M. G., Estella, se recibieron los sellos importe de la suscripcion por un semestre de D. H. R. de Cerragin y un trimestre de D. B. I. D. del Castillo.

—Murcia, don Antonio Hernandez Ros.—Orense, señor de Ferreiro.—Oviedo, seor don F. Alvarez.—Palencia, don Gerónimo Gamazon.—Palma de Mallorca, don Pedro José García.—Pamplona, don Cándido Bermeo.—Ponferrada, don José María Vaidivieso.—Pola de Lavianna, don Nicolás Rodriguez Luna.—Pontevedra, don José Vila.—Puerto de Santa Maria, don José Valderrama Riosco don Francisco Maria Gago.—Ronda, don R Gutierrez y señor Moreti.—Salamanca, don José Vitori Garcia y señor Moran.—Santander, don José María Riesgo.—Sevilla, señor de Geofrin y señores hijos de Fé—Compañía —Santiago, don Angel Calleja.—Segovia, don Vicente Ruiz.—Soria, don Francisco Perez Rioja.—Tarragona, don Tomás Auriu y señor Ainal.—Teruel, don Joaquin Bux.—Toledo, don Venancio Moreno y Lopez.—Tolosa, don Lope Boenaga.—Toro, don Valeriano Alvarez.—Tortosa, don Francisco Despachs.—Trempe, don Ambrosio Perez.—Tuy, don Manuel Martinez de la Cruz.—Valencia, don José Santamaria.—Valladolid, señores hijos de Rodriguez.—Valls, don Francisco Jaumejoan.—Vergara, don Luis de Otaño.—Vitoria, don Bernardino Robes.—Zamora, don Pablo Fernandez.—Zaragoza, don Joaquin Yagüe y don Roque Galifa.

Ultramar: Habana, don J. B. Cantero y Seirulló.—Puerto-Rico, don Eduardo Acosta.—Lima, don José Macías.

Estrangeros: En París, J. B. Bailliere et fils.—En Londres y New-York, H. Bailliere. Lisboa, Rolland Semion —Oporto, Moré, y Revista de pharmacia é ciencias accesorias do Porto.

En las poblaciones que no se mencionan, en casa de los corresponsales de don Carlos Bailli-Bailliere, y en las principales librerías.

## SECCION GUBERNATIVA.

## NECESIDAD DE LA PRONTA PUBLICACION DE LOS REGLAMENTOS MEDICOS.

Constantes defensores de la noble profesion á que pertenecemos, deber nuestro es redoblar nuestra vigilancia sobre todos los incidentes que puedan menoscabarla en lo mas mínimo, y aconsejar al mismo tiempo con la mayor prudencia, las útiles mejoras que deban plantearse. Soldados del pensamiento, estaremos siempre con el arma al brazo para defender nuestros derechos, y para reclamar apoyados en la razon y la justicia, todos los beneficios á que es acreedora nuestra ciencia.

Estamos plenamente convencidos, de que solo poniendo de manifiesto los defectos de que adolece nuestra organizacion facultativa, es como podemos entrar de lleno en el camino de las mejoras que nos conduzcan al deseado término. No es hoy nuestro ánimo entrar en cuestiones delicadas, ni exigir del Gobierno el pronto remedio de todos nuestros males: demasiado sabemos por esperiencia, que la marcha administrativa es lenta por estar sometida á muchos y repetidos trámites; y por otra parte, harto hemos dicho ya y repetidissimas veces hemos pintado á lo vivo nuestra triste situacion, desde que emprendimos la árdua tarea de escribir para el público.

Consignadas en nuestro periódico cuantas reflexiones hemos creído oportunas para sostener nuestras ideas, nos limitamos por ahora á pedir al señor ministro de la Gobernacion, que se sirva llevar pronto á cabo la medida que tiene ya acordada para reformar el Reglamento de una clase tan atendible como ilustrada, como es la que ha de regir en lo sucesivo en los establecimientos de aguas y baños minerales del reino.

Se ha dicho, no una sino cien veces, y no por facultativos ajenos á esta especialidad, sino por los mismos directores de baños, que en este ramo hay mucho que reformar, comprendiendo estas reformas varios puntos en que ván envueltos, no solo el porvenir y categoria de estos funcionarios públicos, sino lo que es mas, el mejor servicio para la humanidad enferma, las justas garantías para los propietarios de los establecimientos minerales y hasta la vindicacion de nuestro orgullo patrio, siendo, como es, nuestra Nacion de las mas ricas en anantiales salutariferos. Y tan cierto es lo que aca-

bamos de esponer, y tan atendibles fueron aquellos dichos, que el Gobierno de S. M. nombró hace tres años (sinó estamos mal informados) una comision, con el encargo de redactar el Reglamento á que nos referimos, la cual, llenando su cometido, le pasó ya al Ministerio de la Gobernacion. Mas sin embargo de estar este asunto tan adelantado, hemos oido decir, y ya lo consignamos en nuestro número del 10 de febrero del presente año, «que como el Gobierno habrá de oir en tan grave asunto al Consejo de Sanidad, que le examinará con detenimiento, no podrá publicarse para rejir en la próxima temporada.»

Respetamos estas razones, pero estamos enteramente convencidos, de que tanto en este como en todos los proyectos de mejoras, lo que mas cuesta, lo que mas detencion exige, es el trabajo de la Comision encargada de formarle, porque las consultas que sobre el mismo recaigan, por detenidas que sean, no deben serlo tanto, que en ellas se invierta un tiempo tan largo como precioso. Creemos por otra parte, que por delicado y grave que sea este asunto, bien pudiera ventilarse para que rijiera desde principio del próximo junio, época precisamente en que están abiertas casi todas nuestras direcciones de baños.

Y no se crea que nosotros tengamos el mas pequeño interés, en que se lleve á debido efecto nuestro pensamiento, ajenos como somos á esta respetable clase: lo que queremos consignar, es que tanto la reforma proyectada en este ramo, como todas las demas propuestas, y que en lo sucesivo se propongan, como necesarias para el engrandecimiento de la ciencia, se realicen lo mas pronto y mejor posible. No tratamos, ni remotamente, de que se hagan esas reformas sin la debida detencion y conciencia: hombres pensadores, queremos que la razon sancione siempre nuestras ideas, despues de depuradas en el crisol del libre y mas amplio exámen; pero amantes del progreso, no queremos que ese exámen dure tanto, que al terminarle, sea acaso inoportuno, sobre tardar en poner remedio á los males que nos aquejan.

D. Andrés del Busto.



## SECCION TEORICA.

## REVISTA DE ACADEMIAS.

## REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

## VIDICACION DE HIPOCRATES Y DE SU SISTEMA.

**Memoria presentada á la Real Academia de Medicina de Madrid, por el académico numerario Dr. D. TOMÁS SANTERO, y leída en su sesion de 23 de febrero del año actual.**

Un compromiso de consecuencia con los principios de cuya verdad tengo arraigada convicción; el daseo de contrarrestar los efectos que haya producido en el ánimo impresionable de la juventud, aun no aleccionada por la sabia esperiencia, el discurso presentado en la apertura del actual año académico, por el digno individuo á quien tocó por turno hacer los honores de esta festividad ádua; la deferencia que obligaba á aceptar el reto que el autor de la indicada *Memoria* hizo en publico en ella; á todos los hipocráticos que corresponden casi en totalidad á esta ilustre y antigua Academia; y el deber en que se ha la tan respetable corporacion de defender la doctrina fundamental que siempre ha profesado, han sido los móviles poderosos que me han inducido á ofrecer á su ilustrada consideracion el siguiente trabajo, que sin otra pretension que la de sostener los fundamentos de la verdad médica tiene la honra de someter á su esclarecido juicio, el menos apto para el objeto, pero el mas obligado á ello por circunstancias especiales conocidas de los señores académicos.

Perdonad, señores, si no consigo interpretar, como quisiera, vuestras luminosas ideas y satisfacer vuestros deseos, porque es difícil llenar la honda medida de vuestra profunda sabiduría; pero admitid con benevolencia la sana intencion de mi propósito.

Pláceme, por cierto, que asunto de tal importancia se haya presentado al empezar la Academia el nuevo período que abre en su historia, de tareas mas amplias y públicas que de há mucho tiempo han ocupado incesantemente su ilustrada atencion: pues es conforme á la lógica comenzar por los principios, de cuyo modo se deslindan los terrenos, se determina la clave en que han de estribar los fundamentos que se establezcan, y el resultado de los trabajos tendrá la uniformidad que dá firmeza, y la armonía que satisface á la razon filosófica.

No ha faltado, pues, tino en la eleccion de materia: ojalá que, al tratarla hubiera ocupado la severa justicia el lugar que inconsideradamente dejó tomar á la critica apasionada!

Si alguno considerase que el asunto es estéril para provechoso pábulo de las sesiones de esta ilustrada Academia, no podré menos de advertirle la inexactitud de su juicio; pues nada hay mas importante para la práctica de las ciencias que la determinacion de principios, de los cuales tienen forzosamente que derivar las reglas que producen los ventajosos resultados de su útil aplicacion. O ha de quedar esta entregada al azar, al capricho, á la rutina vergonzante, ó ha de ser conducida por una série de prescripciones claras y emanadas de máximas funda-

mentales; de cuya certeza pende, por lo mismo, la eficacia ó la inseguridad de sus graves resultados, el bien ó el mal de sus necesarias prescripciones.

Defíquese, en buen hora, el talento analítico á la prolija descomposicion de los mas pequeños detalles y ocúpense las corporaciones sábias de apreciar las consecuencias deducidas en afanosas investigaciones que aseguren verdades reconocidas ó abran nuevas vias para aumentar su número; mas no olvidemos que las ciencias, sin abdicar su dignidad, su importancia y su porvenir, no pueden abandonar los principios que las constituyen y representan.

Despues de esta breve introduccion que explica el motivo de mi trabajo, paso á ocuparme del importante asunto á que se refiere, que ha producido honra y sensacion en este ilustre cuerpo literario, y perturbacion en los ánimos de los profesores: advirtiendo de antemano, que no considero el respetuoso recinto de la Academia como palenque de torneo, campo de desagrazios ni circo de gladiadores. en que haya de esperarse encarnizada lucha y espectáculo de victimas ensangrentadas; no, que es mas elevado y digno el carácter que representa este augusto templo de la ciencia, donde se enfrian y condensan los fuegos de la imaginacion exaltada, para precipitar con las cenizas el valor de las ideas que han de extraerse, aquilatado en el crisol de prudente y analítica discusion.

No se espere, por lo tanto, de mi discurso una polémica ardiente como la provocada por el autor del que la promueve, ni una série de réplicas fogosas é inoportunas á todas y cada una de las aventuradas proposiciones que ha sentado. Al espíritu y conclusiones de tal *Memoria*, contesto con la presente, en que me propongo demostrar:

«Que Hipocrates se hizo digno del gran respeto que le han tributado las generaciones que le siguieron hasta la actual, hallándose en sus inmortales obras el mas sólido cimiento para la ciencia; y que la restauracion hipocrática que se manifiesta en la época presente, es necesaria para sacarla del caos á que los nuevos sistemas la han conducido.»

La fama, señores, á la manera del fuego, por deslumbradora que sea en el momento, es á veces tan fugaz, que apenas deja rastro de su brillo en la misma localidad en que brotara; adquiriendo en otras ocasiones fomento tan graduado, que atraviesa siglos, espacios y generaciones, sin menguar sus penetrantes destellos. Llamadas hay que deslumbran y se amortiguan apenas hicieron su primer efecto; y llamas que no se estinguen á pesar de los cuerpos refractarios con que se pretende sofocarlas: es que el combustible de aquellas tiene poca densidad, y es mas tenaz la materia en que se iniciara la combustion de que las últimas se formáran. Glorias hay tan efimeras como la luz del relámpago, y otras tan permanentes como el eterno brillar de las estrellas. Si conocer quereis la causa de este hecho que perpetúa el recuerdo de los hombres, la historia os le demostrará. Buscad en ella los nombres que arrastraron en un tiempo la atencion de la mansedumbre y arrebataron sus aplausos, no sonando ya ni el eco lejano que os los haga conocer, y hallareis que los merecimientos de aquella gloria fugaz eran tan

inseguros como los bancos de arena, tan poco valaderos como la escoria de una fundición; pero ved el origen que tuviera el crédito acrisolado en la sucesión de los tiempos por algún genio inmortal, y la compañera de los siglos os demostrará, en sus páginas indelebiles, grabadas con el fiel de la justicia, las útiles invenciones, los grandes descubrimientos, las obras importantes de donde brotarón las hojas inmarcesibles de la fresca corona que os admira.

El entusiasmo que ofusca, la pasión que ciega, la falta de sentido que deja al ánimo deslumbrarse por un saber falso, pero ostentoso, conceden fácilmente inmerecido crédito á los hombres en todos los tiempos y paises; mas la posteridad, sobre la cual no pueden ya ejercer su fascinador influjo las circunstancias pasadas, abre su juicio inexorable á las reputaciones venidas de edades que trascurrieron, y hunde en el menosprecio ó el olvido á las que fueran sin razon enaltecidas, ó graba en el duro bronce las de verdaderos génius que ramontaron su vuelo á la alta esfera de las grandes concepciones. Felices los mortales cuya vida terrenal deja trasunto imperecedero por el fallo de la humanidad, apreciadora de su gran virtud ó sus talentos; que para ellos la muerte es, en verdad, un sueño placentero.

Hállase en este caso la imperecedera memoria del venerable fundador de la ciencia que profesamos.

La fama del mas frondoso vástago que produjo la noble genealogía de Esculapio, para eterno renombre de la escuela de Coó, se eleva magestuosa á la inmortalidad desde un sepulcro de Larisa; se esparce por la mas elevada zona de la culta Grecia y de la misma Alejandría; pasa á llenar los espaciosos ámbitos de la poderosa Roma; se estiende en alas del esplendoroso genio de Pérgamo por los dominios de los árabes; adquiere mayor vuelo al renacer las letras y las ciencias en la Europa, que toma despues el cetro de la ilustracion, atravesando desde Salerno hasta los últimos confines occidentales; y en el trascurso de uno y otro siglo, de una y otra nacionalidad, es acogida con profundo respeto por miles de generaciones, razas y pueblos; sirviendo de divisa á lo verdaderos creyentes de la certidumbre médica, de estrella poalr á los prácticos mas autorizados, de enseña de salvacion en las borrascosas épocas de trastorno y confusion porque la ciencia, como todas, ha pasado.

En vano el atomista Asclepiades de Bithynia y el charlatan Thésalo de Trales la deprimen, condenando su verdadero sistema y ridiculizando la fundada prudencia de su espectacion en la terapéutica; en valde ultraja su respectable memoria, con bochornoso ludibrio, el iusensato Paracelso, con la quema pública de las obras de Galeno y de Avicena; inútilmente, por fin, se levantan soberbios contra su reconocida autoridad los ilusos Hanhemann y Rassori, con otros, antiguos y modernos, de menor realce en la tradicion historica; la gloria de Hipócrates permanece viva como el fuego en el templo de las Vestales; fresca como la hoja del lauro al ardor abrasador del sol de estio; firme como la granítica roca entre las enfurecidas olas agitadas en los trastornos equinocciales. Los nombres de sus mas empeñados impugnadores figuran en la historia como ejemplo de los estravios en que incurre

la razon humana, sirviéndonos de saludable aviso para precavernos de los errores; mientras el del venerable isleño se repite de una en otra por todas las generaciones, como emblema de la certidumbre y del verdadero progreso médico.

La opinion de Hipócrates, notable ya entre sus contemporáneos, como se deduce de textos que los críticos han hallado en Platon y Aristófanes, tan próximos á su era, y del esplicito de Aristóteles en su política, donde espresamente le menciona con el renombre de Grande, se sostuvo despues por los mismos alejandrinos, que comentaron sus obras, sirviendo de union entre los antiguos tiempos y los posteriores. Galeno la restablece en su esplendor con la pujanza de su genio, al impugnar á los empíricos, metódicos, pneumáticos, eclécticos y escépticos de su tiempo, y fundir, en el fuerte crisol de su sistema, el vasto y ordenado eclecticismo que habia de dominar por tantos siglos. Los eruditos del renacimiento le encumbran á su mas alto apogeo, afanándose para distinguir, espurgar y gloriar sus legítimos escritos; y desde entonces han formado la brillante corona de su moderna gloria, las mayores reputaciones prácticas que en los anales de la ciencia se conservan. Fernelio, Bailion, Vallés, Mercado, Sydenham, Boerhave, Baglivo, Pedro Miguel de Heredia, Solano de Luque, Van-swiecten, Hofmann, Huxham, Barthez, Sauvages, Zimmermann, Stoll, Frank, Hufeland, L'iqueur, Pinel, Hernandez Morejon y otros contemporáneos, ofrecen con sus esclarecidos nombres el testimonio glorioso que ensalza el del ilustre asclepiadeo, cuya fama inútilmente se quiere oscurecer, porque la fuerza de los rayos que del disco solar emanan, desvanecen las nieblas que estorban el paso á su claridad.

¿Este hecho que está reconocido, probará acaso en la dilatada familia médica un torpe fanatismo que raye en idolatría? ¿Será que el buen sentido haya abandonado á los médicos de tantas edades y paises, y precisamente á los mas respetables por la bondad de su práctica, trabajos clínicos y preceptos, hasta el punto de pagar tributo inmerecido á un sistema que carezca de espíritu filosófico y se funde en la falacia en vez de la verdad?

Paréceme que seria atrevimiento sobrado, y no muy cuerdo, el juzgar de tal modo la opinion unánime de los doctos en larga série de experimentados siglos: cuando la generalidad aprecia, con criterio para ello, algun valor en las cosas, no hay duda de que la tienen, ó la humanidad perdió el tino.

Una secta, un pueblo, una generacion, hasta un siglo, pueden levantar el prestigio de un hombre por la fascinacion que ejerzan sus palabras, por el halago que en sus creencias, sentimientos y aspiraciones puedan producir sus obras; pero, ¿qué reputacion que no esté acrisolada en la legítima bondad de sus merecimientos, resiste la dura prueba del tiempo con su creciente esperiencia, de criterio secular con su ilustrada madurez?

Hipócrates no le han divinizado las generaciones médicas, porque el saber aborrece la idolatría; porque el fanatismo es enemigo de la razon y de la verdad. Pero le han guardado con perseverancia el gran respeto que se merece como autoridad, por haber hechado los cimientos



de la ciencia sobre terreno inmóvil; por haber enseñado á la posteridad el camino que conduce al claro campo de la certidumbre, que él encontró felizmente porque la buscó sin prevención; y por haber, en fin, consignado en sus escritos, principios tan eternos como la misma verdad que representan.

Y no hay que alucinarse hasta el punto de querer hallar en sus obras inapreciables para amenguar su mérito, los conocimientos analíticos que en veintitres siglos sucesivos se han adquirido después, elevando con ellos la cúspide de la pirámide, según la bella comparación del célebre Canciller, cuya anchura base el cimentara: pretender que en la Colección hipocrática habíamos de encontrar los detalles de la actual anatomía, ni las aplicaciones de nuestra ilustrada fisiología, ni el arsenal de nuestras ricas farmacologías, ni los recargados cuadros de las nosografías de nuestra época, sería tan raro como pedir al niño la reflexión del adulto; como exigir los frutos sazonados al árbol recién plantado, como esperar con la lente el foco solar en el crepúsculo de la mañana. Se olvidaría, señores, un fecundo principio de la filosofía de la historia, citado por el erudito crítico Sr. Littré: «que nada hay en las ciencias, como en las demás cosas, que sea un producto espontáneo llegado á término sin preparación, ni madurado sin auxilios.» Acerquémonos al origen del lejano manantial de donde mansamente brota el río que, al acercarse al mar, es turbio y caudaloso, y podremos apreciar la pureza de sus aguas nativas: descendamos á los profundos cimientos de un gallardo edificio cuya inseguridad se teme, y por ellos podremos calcular la solidez que en sí tenga.

Por grande que sea la importancia, que estamos lejos de desconocer, de las modernas investigaciones anatómicas, microscópicas, químicas y experimentales sobre animales vivos, ¿servirán de mucho si el conjunto de sus diversos detalles no fuera armonizado en una síntesis filosófica, que, apreciando su verdadera utilidad y certidumbre y comparándolos con la observación clínica, no los uniera por relaciones naturales en un fondo de doctrina en que todos vinieran á convergir? Pues si Hipócrates dió la clave para la formación de esta gran síntesis; si abrió el camino para los descubrimientos que las edades posteriores deberían hacer; si dió el criterio que hubiera de servir como de piedra de toque para distinguir en ellos la verdad de la engañosa experiencia; si, fijó, por último, la base inalterable de la certidumbre médica, y dió á la medicina el carácter de ciencia que en tal concepto habria de corresponderle, nadie osará, sin insigne ingratitud, ranciar de sus venerables sienes el inmarcesible lauro de fundador con que la posteridad le ha honrado.

A nadie ocurre tampoco suponer que este sábio hubiese de haber inventado todos los conocimientos médicos que poseía, cuando el instinto de conservación nos advierte, y el mismo Hipócrates nos enseña en su libro de la *Medicina antigua*, que es contemporánea del hombre, desde que se vió sometido á todo género de males. La Providencia divina que le dotó de razón y de conciencia para moderar y resistir los nocivos ataques de sus apetitos carnales, penetró también su economía, como la de

todos los seres que tienen sensibilidad y movimiento espontáneo, de un profundo amor á la vida, que le indujera, sin percibirlo, á huir de los peligros que la amenazarán y á buscar los medios de conservarla. Si, pues, la medicina nació del instinto mismo del hombre, debiendo ser perfeccionada en la serie de los tiempos con la experiencia y la razón, mal podria haber quien pudiera figurarse que hubiese tenido origen de un hombre solo, después de tantas generaciones y de tantos siglos de observación y de estudio. Mas es lo cierto, que de época anterior á la suya, ni en aquella en que él floreció, quedó obra alguna que, apreciada por sus contemporáneos ó inmediatos sucesores, pudiera disputar la preferencia á las del ilustre Asclepiade; y siendo las suyas las primeras que la antigüedad nos ha legado, con el fiel depósito de los principios fundamentales que dan á la medicina el carácter de ciencia de observación, no puede privarse á su esclarecido autor del renombre que le distingue.

El recibió sin género alguno de duda, la rica herencia de la observación de los Asclepiones, y sobre todo, del de Coo á cuyo servicio pertenecía; los conocimientos que los gimnasios ofrecían ya en su tiempo desde que tomaron una organización más médica; y las opiniones emitidas por los filósofos, que habian embebido á la medicina desde épocas anteriores, ni la enciclopedia de su saber, acerca del modo de la existencia vital. Pero tuvo el talento necesario para reunir en vasta y ordenada concepción, los resultados de la antigua experiencia; para fijar el método que habria de ampliar con todo acierto la esfera de estos mismos resultados; y para establecer un sistema sencillo como la misma verdad de que emanaba, y fecundo en importantes consecuencias; procediendo como el hábil ingeniero que aprovecha con estudio y arte los materiales que halla ó son conducidos al sitio donde abre un magnífico acueducto ó levanta un gallardo puente, sin que á nadie le ocurra la infeliz idea de negarle el mérito de la obra, porque se valiera de materiales que él mismo no llevara para hacerla.

Hipócrates, por lo tanto, no es solo un hombre extraordinario por su vasta capacidad y su talento de observación, sino que aparece como figura monumental en el campo de la historia, representando la creación filosófica de la medicina, el origen de su formación científica.

Probemos, pues, este aserto, conviniendo en que ni la época á que pertenece, ni el carácter de sus escritos, ofrecen detalles escusados de buscar; y partamos, de la proposición emitida, de que consiste su principal mérito en haber dado á la medicina su carácter científico y haber asentado en firme las bases en que se apoya.

Es indudable que la constitución de toda ciencia exige como fundamento preciso, la determinación de un principio general que encierre en sí el hecho culminante del objeto á que se refiera, que abrace la generalidad de todos los demás de menor alcance, y que encierre á la manera del germen, otros principios secundarios que, derivándose de él y conexiados entre sí naturalmente, ofrezcan al filósofo el programa del ramo de saber que representen; la síntesis de sus máximas fundamentales;

la armazón en que se sostengan las doctrinas, y la pauta á que se acomodeo los preceptos.

No los hallaremos formulados uno por uno ni del modo que el gusto de nuestras épocas ha adoptado, en las obras que la crítica antigua y moderna han determinado como legítimas del oráculo de Cóo; porque cada país y cada generación, como tiene sus sentimientos y aficiones propias, tiene también su manera especial de comunicar sus ideas y de expresar sus pensamientos.

Y así como para apreciar en su verdadero valor el gusto de los frutos y la fragancia de las flores, es preciso tomarlos en el terreno y estaciones que les son propios, necesario es igualmente para deducir la importancia de las obras de antigua procedencia, trasportarse á los épocas en que se escribieron, y descifrar su sentido. Seguro que el que de otro modo leyere la ingeniosa fábula de nuestro célebre Cervantes, concluiría por adormecerse con las escentricidades del melancólico hidalgo y las sandeces de su escudero; pero si conocedor de las costumbres del país y del tiempo en que se redactaron sus hermosas páginas, atiende, mas que á lo literal de su expresión, al distinguido pensamiento que en ellas brilla, no podrá menos de admirar la destreza del sábio crítico, y descubrir las muchas bellezas que á cada paso se advierten.

«El interés y ventaja que ofrecen los libros antiguos, dice en su prólogo á la colección de obras hipocráticas el erudito comentador Sr. Litré, está siempre en relación con el juicio comparativo que se forma entre la ciencia antigua y la moderna. Este juicio, pues, ha de establecerse necesariamente sobre ciertas condiciones que, ó bien se encuentran en el mismo lector, ó bien en el modo con que se le presenta el libro: en el lector, cuando por medio de sus estudios se halla impuesto en las doctrinas de la antigüedad; y en el libro, cuando sus doctrinas se han puesto en armonía con las ideas modernas, de suerte que se comprendan con facilidad y se entre en ellas, por decirlo así, con paso seguro.»

Haremos, pues, de convenir en que, si se trata de buscar en las obras del grande Hipócrates un texto para la actual enseñanza ó un libro que esté redactado para el gusto del día, nos encontraremos defraudados, pareciéndonos además estrañas é inteligibles hasta las grandes ideas que en ellas se contienen; mas no así deben juzgarse escritos que tal importancia tuvieron siempre, y que tan grande influjo ejercieron y han de sostener en la filosofía de la ciencia. Es necesario trasportarse con nuestro entendimiento á aquella remota época; imponernos en sus nociones y lenguaje; y penetrar en el examen con ánimo reflexivo, para comprender los conceptos y traducirlos, y para deducir del contexto y del espíritu que en el todo domine así como de la relación que en sus principales máximas se descubra, los quilates de valor que sean apreciables y el interés que en la ciencia inspiren.

Tomando de este modo, como se debe, la colección de obras que, al través de tantas vicisitudes y trastornos y venciendo las dificultades consiguientes á su modo de trasmisión en aquellos lejanos tiempos, han podido llegar hasta nosotros y ser determinadas como propias del

esclarecido autor de quien nos ocupamos, por reglas que la sana crítica se ha trazado, encontramos en ellas el principio filosófico que domina, no menos que el fisiológico, el nosológico y el terapéutico; que juntos establecen un sistema completo y ordenado, y presentan, por lo tanto, la constitución de la medicina como verdadera ciencia.

Estudiando el libro de la *Medicina antigua*, se encuentra desde el principio una seria impugnación á los filósofos que de viva voz ó por escrito habían tratado de medicina, proponiéndose como base de sus razonamientos la hipótesis del calor ó del frío, de la sequedad ó de la humedad, ó de cualquier otro principio que les había parecido, simplificando las cosas y atribuyendo las enfermedades y la muerte á uno ó dos solos agentes, como á una causa primitiva y constante: de los cuales dice que se engañan, siendo tanto mas vituperables, cuanto que la equivocación se refiere á un arte que existe, que no necesita de ninguna suposición vana, como la discusión sobre cosas oscuras y dudosas que no son posibles de comprobar, siendo así que la medicina, existiendo desde tiempos remotos, posee un principio y un método que ha encontrado, con cuyo auxilio se han hecho muchos y grandes progresos ven el transcurso de los tiempos, y se adelantará mas todavía, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos, los toman por punto de partida en sus investigaciones. Asegura que se alejarán de la realidad los que se separen de este camino, entrando luego á manifestar que la medicina fué desde su origen formándose por la observación, y que con ella se perfeccionaba. Espone mas adelante que esta no tiene una sola faz, y exige gran cuidado; y que, siendo preciso proponerse una medida, no se hallará en un peso ni en un número á que pudiera referirse para establecer el cálculo, sino únicamente en la sensación del cuerpo; siendo por esto difícil adquirir tanta exactitud en el juicio, que no se yerre de un modo ó de otro. Manifiesta luego la admiración que causa ver salir los descubrimientos en el arte de la honda sima de una profunda ignorancia, no por efecto de casualidad, sino por sábias y rectas investigaciones; y demostrando el error de los que procedían por hipótesis, insiste en la seguridad que dá la observación.

El extracto que acabo de esponer demuestra de una manera evidente, que Hipócrates se opuso con toda la fuerza de su inteligencia á la invasión que en su tiempo habían hecho las hipótesis en la medicina; y que, separándola de la filosofía abstracta ó metafísica, quiso fundarla sobre la base firme de la observación.

En el libro del *Régimen de las enfermedades agudas*, empieza también con otra impugnación contra el proceder ideológico de los médicos de la escuela de Cnido, de los cuales dice, que describieron con exactitud lo que padecen los enfermos en cada afección, lo cual harían también los menos versados en los principios de la medicina, pero que nada habían espuesto de lo que el médico debe saber sin que el enfermo se lo refiera, cuyas nociones son diversas segun los casos, teniendo algunas gran importancia para la interpretación de los signos; y critica su ine-



exactitud en adoptar por principio hacer una especie morbosa particular de cada caso en que se presente alguna diferencia, y poner un nombre distinto á cada afección que desde su origen no parezca idéntica á las otras. «Mi opinión es, añade en seguida, que debe *siempre usarse de reflexion* en medicina: cuando el caso exija que se obre bien y con regularidad, no debe seguirse otro camino; cuando deba procederse con resolución, no convendrá obrar con parsimonia; lo que exija detenimiento no debe atropellarse; y así debe procederse en todos los casos, procurando siempre obrar del modo mas conveniente.» Hablando despues de la diversidad que aparecia en la práctica de los médicos, dice que estos no tenían costumbre de discutir los puntos á que se refiere, lo que en su juicio hacia que el vulgo formase de la medicina una opinión desventajosa, llegando á creer que no existia. «Comparó en esto la medicina, dice despues, al arte de los agoreros, en que unos opinan con las mismas cosas, de un modo contrario que los otros; pasando luego á hacer algunas consideraciones relativas al régimen de los enfermos, que es el asunto de que se ocupa.»

De este segundo extracto se viene igualmente á deducir su oposición á los empiricos, que, no dando parte alguna á la reflexion, multiplicaban indefinidamente las especies morbosas, por carecer del conocimiento que enlaza la pluralidad en un centro comun y la funde en una idea abstracta, para poder así abarcar con la intelizencia una multitud de hechos, difíciles de apreciacion de otra manera.

Así se vé que Hipócrates, colocándose en el verdadero punto de vista, arrancó la medicina del perjudicial dominio de los inventores de falsos sistemas, como él los denomina, que subordinaban el conocimiento de la vida al de las causas generales, abusando de la razon; como la separó igualmente del infundado terreno en que los empiricos la tenían aprisionada, queriendo que la observacion sin guía sirviera á sus falaces progresos. Aquellos precipitaban á la ciencia en un abismo de errores: estos la condenaban á perpétua esterilidad y confusion, perdiendo la unidad que fertiliza los adelantamientos y ayuda con fórmulas abstractas á comprender la multitud de nociones, imposibles de retener sin la determinacion de un lazo que los una y simplifique.

Separó, pues, la medicina de la filosofia abstracta y del empirismo ciego, y estableció la observacion como base y la sana razon como medio para conseguir el verdadero conocimiento de su objeto; creando así el método filosófico apropiado á su certidumbre, y abriendo á los adelantamientos vía ancha y segura para las épocas sucesivas.

En sus *Pronósticos y Aforismos* se ven los resultados magníficos de esta gran concepcion, expresados en fórmulas abreviadas de hechos que tenían que haber sido apreciados por análisis severos y repetidos, hasta llegar á la síntesis que espresa su carácter comun.

Si Hipócrates no hubiese hecho mas que establecer esta gran reforma con la fuerza de su talento y el influjo de su autoridad, seria, solo por esto, acreedor á eterno reconocimiento; pues si Bacon en tiempos modernos ha alcanzado inmarcesible lauro por introducir en las ciencias

físicas este método filosófico, mal desarrollado por el filósofo de Stagira, con mas razon le corresponde al que le inventó para la medicina.

Pero sigamos penetrando con el mismo espíritu en sus preciosas obras, para descubrir los demás fundamentos que dejamos indicados.

En el mismo libro de la *Medicina antigua* espresa que se halla persuadido de que todo médico debe estudiar la naturaleza, é investigar cuidadosamente, si quiere desempeñar bien su cometido, las relaciones que tiene el hombre con los alimentos y bebidas, con toda su género de vida, y la influencia que ejercen las cosas entre sí. Y mas adelante añade, que en su juicio, debe saber el médico además, las cualidades y fuerza de los humores así como las diversas conformaciones de los órganos.

En el magnífico libro de *Aires, aguas y lujares*, que es un tesoro de ideas avanzadas para aquel tiempo, recomienda con mucho empeño que se apricien las estaciones del año y su influjo particular; las cualidades de los vientos generales y particulares de cada localidad; las situaciones de las poblaciones con relacion á los vientos y á la salida del sol; la naturaleza y procedencia de las aguas; las circunstancias del terreno, así como el género de vida de los habitantes, sus costumbres é instituciones: manifestando despues el influjo que, á su modo de ver, producian todas estas circunstancias en el modo de ser de los individuos, y hasta en su fecundidad, y deduciendo como consecuencia los diversos caracteres físicos y aun morales, y adviértase la espresion, que por tales, indicios observaba entre los asiáticos y los europeos, no menos que entre los diversos pueblos de una estensa comarca.

Hé aquí bien significado el gran principio fisiológico que dedujo de la observacion mas pura, el recto juicio del sábio que hoy nos admira. Consideró con la mayor exactitud que el hombre no vive por sí mismo en la tierra que habita, sino que existe en necesaria relacion con los agentes naturales que dan pábulo á sus funciones. Comprendió que la sensacion del cuerpo, como dejamos citado testualmente del libro de la *Medicina antigua*, es la medida de las apreciaciones del médico y que haciendo esta propiedad modifiable á la economía, la disponia á sufrir los cambios correspondientes en el juego variable de acciones que sobre ella son capaces de ocasionar las diversas cualidades de los espresados agentes; viniendo de este fudando raciocinio á deducir como conclusion legitima, que no se puede conocer la vida del hombre solo por el estudio de lo que es en sí propio, sino por el influjo que sobre su naturaleza particular ejerce el conjunto de circunstancias que de continuo le modifican. ¡Qué admirable concepcion, en época en que los filósofos por un lado y los empiricos por otro falseaban los estudios sobre el modo de existencia vital, buscando unos el elemento ó la cualidad física que en el cuerpo predominaba, para descender sobre ellas á ilusorias esplicaciones, y limitándose otros á observar los síntomas que en el estado accidental ó morboso se manifestaban, para hacer infinitas variedades de padecimientos solo desconocidos por su falaz esterilidad! Desde este momento se abrió para la fisiología campo vasto de inagotables investigaciones,



que, aunque muy adelantadas al presente, descubren todavía espacioso terreno que explotar. Inútil fuera, y hasta impertinente, que yo me detuviera en demostrar ante la sábia corporación que me dispensa la honra de escucharle, la exactitud de este gran principio que cambió la faz de la medicina, y cuya trascendencia alcanza fuera de sus límites, influyendo en la educación de los hombres y en la legislación de los pueblos.

Los libros de *República* y de *Officiis*, de Cicerón; el *Exámen de ingenios*, de nuestro famoso Huarte; el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu; las obras de Cabanis; y *Filosofía de la legislación*, escrita por el Sr. Lopez Mateos, que honró á esta ilustre Academia, y otros muchos testimonios que pudieran citarse, vienen á comprobar la trascendental aplicación que dejó indicada.

Pero todavía es más completo el segundo principio de cuya invención nos estamos ocupando. En el libro de *Medicina antigua* dice Hipócrates de una manera explícita: «que en el cuerpo se halla, en efecto, lo amargo, lo salado, lo dulce, lo ágrío, lo acerbo, lo insípido, y otras mil cosas, cuyas propiedades varían al infinito en cantidad y vigor; las cuales, mezcladas todas y equilibradas unas con otras, no se hacen manifiestas ni ocasionan padecimientos, como sucede cuando alguna de ellas se aísla y se separa de las demás.» Este pasaje, con indicaciones que se hallan conformes en otros libros, viene suficientemente á demostrar, que si el sábio fundador de la medicina no consideraba el cuerpo del hombre sometido de un modo absoluto al conocimiento de la física de aquellos tiempos, no por eso dejaba de admitir en la formación del cuerpo del hombre los elementos comunes y las propiedades de la materia, entonces apreciables. Penetró con sagacidad en el verdadero terreno, y descubrió su filosófico exámen la admirable combinación de los componentes y propiedades generales con las especiales que regulan el modo de existencia propia que determina la vida. Solo faltaba la específica manifestación de elemento ó propiedad vital que, asociada á las físicas, interviniera en esta naciente fisiología, para comprender los hechos que la corresponden; y á poco que registremos sus páginas, encontramos en el *calor innato* la fórmula abreviada de esta propiedad. Abramos principalmente el libro de los *Aforismos*, y allí veremos en el XIV de la sección I<sup>a</sup>, un texto explícito en que se manifiesta que el *calor innato* es más activo en las primeras edades, es decir, en los cuerpos que se están desarrollando, y que disminuye en la vejez. Descifrando el valor de esta fórmula, se concibe que Hipócrates reconoció en la economía del hombre la facultad de producir una temperatura propia é independiente de la cualidad física afecta al elemento cálido que entonces se admitía, indicando el aforismo que esta propiedad era más manifiesta en las épocas de crecimiento, que es seguramente en las que la vitalidad se presenta más activa, y que declinan en la vejez, que es el ocaso de la vida.

Hipócrates tomó, como se advierte, el efecto por la causa, no pudiendo referir el acto de la producción de un calor independiente del orden físico á acciones fisiológicas que los tiempos han venido después á demostrar; pero, atento á la rígida observación, se apoderó de este

resultado como de un hecho positivo que supo apreciar, y le fijó como propiedad distinta de las que la materia tiene, consignando, como en prueba de la espresada esencialidad, que sigue con las diversas fases biológicas el desarrollo de la vida. Comprendió además el íntimo enlace que existe en la naturaleza humana, hallándose todas sus partes en estrecha relación y tendiendo á un mismo fin, sin que pueda señalarse, como sucede en un círculo, donde empieza y donde termina. Y considerando así á este compuesto materia, constituido de elementos comunes y propios, dotado de propiedades generales y especiales, en mútua relación sus diversas partes como lo está el conjunto con los agentes de la naturaleza universal á cuyas espensas se mantiene, le juzgó impregnado de una actividad esencial que preside á la armonía de las acciones, y tiene por objeto constante la conservación y desarrollo del mismo ser en que se representa.

Decid, señores académicos, si puede concebirse un programa más perfecto y acabado del modo de existencia que llamamos vida: si quedó algo por indicar en este magnífico cuadro, sobre el cual las edades posteriores no han podido hacer el menor trazo que no fuera referente al desenvolvimiento de sus detalles interesantes. Elementos constitutivos; propiedades que los animan; agentes que les comunican impulso; fuerza que dá dirección; armonía que enlaza los actos; objeto determinado en todo este admirable mecanismo; hé aquí, en resumen, esta magnífica concepción, que los modernos podrán ampliar cuanto quieran en sus vastos y difíciles pormenores, habiéndola truncado muchos en perjuicio de la verdad; pero en la cual nada falta de fundamental, ni hay cosa que pueda suprimirse sin que el conocimiento del modo de existencia que representa vaya á quedar confuso é incompleto.

Cuando las acciones de este armónico conjunto se ejecutan con orden y desembarazo, comprendió el respetable isleño que se producía el estado regular de la vida, ó sea de salud; ocasionándose la enfermedad cuando se perturbaba este acompasado equilibrio.

De aquí naturalmente se desprende el principio nosológico, que vamos también á interpretar.

(Se continuará)

El Sr. D. Pedro Mata nos remite el discurso que pronunció en la 2.<sup>a</sup> sesión científica de la Academia de Medicina de Madrid, con motivo de la discusión en ella pendiente, y aunque por la reseña que hicimos de dicha sesión, tendrán algún conocimiento de él nuestros lectores, le empezamos hoy á dar cabida en nuestras columnas con sumo placer, pues para ello, y para los demás escritos de dicho Sr. estamos autorizados competentemente.

Discurso del Sr. Mata.

Señores. Si en la sesión anterior no hubiese tenido mi palabrazo alguno, después de llamarnos la atención sobre el carácter extraordinario que yo advertía en las circunstancias de este debate científico, hubiera pasado

tranquilamente á investigar á que causa podía atribuirse ese carácter.

Determinada esa causa, hubiera examinado si habia la debida consonancia entre las dimensiones naturales de la cuestion por mí promovida, sin mas intento que prestar-me á las invitaciones de la Academia, y las gigantescas proporciones que ha ido tomando el asunto, tanto aqui como en la prensa, no solo facultativa, sino política.

Hubiera demostrado Señores, que la importancia dada á este debate, es por demas exagerada y que no hay motivo alguno sólido ni fundado para hacer salir esta cuestion del cauce natural de todas las demás cuestiones médico-filosóficas.

Hubiera probado hasta la última evidencia que una cuestion sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas, debe ser ventilada con la misma tranquilidad de ánimo, con la misma frialdad de corazon, con la misma tolerancia y compostura, que si tratáramos de averiguar á que tiempo de la vida intrauterina aparecen los puntos de osificación del astrágalo.

Cúpome la desgracia de que no se comprendiera mi intencion, de que ciertas aprensiones inmotivadas me sa-lieran al encuentro para impedirme la esplanacion de mi pensamiento, y hubo, Señores, lo que todos sabeis y lo que todos debemos olvidar, en obsequio del decoro y la solemnidad de este recinto.

Como yo considero de alta importancia y trascendencia para la regularidad y calma que debe reinar en esta discusion, dejar plenamente demostrados los puntos que acabo de indicar, permitidme que, determinada la causa de todo lo extraordinario que haya podido y pueda tener este debate, examine si es ó no exagerado el talante que presenta ó el que por lo menos afectan darle algunos, ignoro con que intencion.

Y aqui declaro, Señores, de la manera mas explicita y mas solemne, como ya lo hice en la sesion anterior, que nadie mas que yo está interesado en que la discusion sea tranquila y serena; que cada cual emita su opinion como le plazca sin faltar á ninguna conveniencia; yo por mi parte traigo muy firme é inalterable este propósito, y nada me ha de hacer salir de él; que yo no necesito de armas ni recursos de mal género para alzarme con el triunfo. Y aunque no le considero necesario, permitame la concurrencia rogaría que me ayude en este laudable propósito, ahogando las impresiones favorables que tenga la fortuna de producirle.

Si en el calor de la improvisacion sale de mis lábios alguna palabra inconveniente que pueda lastimar á alguno, desde luego la doy por reirada.

He dicho, Señores, que está determinada la causa de todo lo extraordinario que han ofrecido y ofrecen estas sesiones, porque la ha señalado con términos muy claros y muy explicitos el ilustrado autor del discurso leído en el salon de la Academia y titulado: *Vindicacion de Hipócrates y su sistema*.

Mi discurso inaugural, leído en esa tribuna el 16 de enero último, aunque centésima edicion de mis ideas sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas, vertidas en mi cátedra y mis obras, ha producido segun el Sr. Santero, honda sensacion en este ilustre cuerpo literario y gran

perturbacion en los ánimos de los profesores españoles. Si Señores, muy honda debe de haber sido esa sensacion, muy grande debe de haber sido la perturbacion de ciertos ánimos dentro y fuera de este cuerpo científico, cuando mi pobre discurso se está viendo blanco de tantos tiros; cuando los partidarios del grande *Oraculo de Coós* se apresuran á llenar de flechas su carcaj y á tender la cuerda de su arco para dejar ese discurso hecho una criba y reducir á su desdichado autor, casi á la humillante necesidad de cubrirse de cilicios y espiar su inaudito desafuero con penitencia tebaica.

Cuando yo descendí de la tribuna, favorecido con una honrosa demostracion general de la numerosa y escogida concurrencia que me halagó con su atencion benévola, concurrencia no solo formada de discipulos, como ha querido darse á entender por cierto periódico, sino tambien por profesores de tan buen criterio como el primero, no podía creer que tras esa ovacion, imerecida si, pero inequívoca, se habia de levantar ese anatema que va envuelto en esa honda sensacion, en esa perturbacion de los ánimos de que nos ha hablado el Dr. Santero, y que segun el mismo lo revela, le ha hecho tomar la pluma para vindicar á un hombre no ofendido, y que por lo mismo no necesitaba de vindicacion alguna.

Puesto que ya conocemos esa causa y que figura como movil principal de la actitud tomada por el Dr. Santero, veamos primero si es cierta y tan general como el doctor citado supone esa honda sensacion y esa perturbacion de los ánimos entre los profesores del arte de curar y la Academia y luego si están fundadas en alguna razon lógica en algun motivo grave y real que justifique ese desusado carácter que se viene dando á la cuestion que nos ocupa.

Asi pondremos las cosas en su debido lugar; asi discutiremos con la templanza y tolerancia que reclama toda cuestion científica; porque yo no quiero promover polémicas ardientes, como ha supuesto sin razon el Dr. Santero; igual que su Señoría, tampoco quiero convertir este pacífico salon en una arena sangrienta, ni aspiro á ser gladiador para morir con gracia ó sin ella de ante de ningun César, ni el ilustrado público que nos escucha es el pueblo bárbaro de los circos que hurgaba á los combatientes para que se arrancaran con furor las entrañas palpitantes.

Que ha sido honda la sensacion, que han sido perturbados los ánimos de los profesores debe ser cierto, 1.º porque así lo dice el Sr. Santero, 2.º porque he leído en varios periódicos, artículos de ciertos y respetables hombres, que vienen condoliéndose gravemente de lo que ellos han llamado mis deplorables extravíos.

Lágrimas y plañideros Jeremias entonan con voz doliente y lúubre trenos proféticos al rededor de su Jerusalem sagrada, de su amenazada Sion, la Señora de las gentes, cuyos viejos torreones han estado al parecer es-puestos á desmoronarse súbitamente, como los muros de Jericó, al estridente son de las siete trompetas del jubileo animadas por los sacerdotes hijos de Nun y á la estruendosa gritería de las huestes de Josue.

Mas ese ruido, esa algazara, ese estruendo que ha movido mi discurso, es tan general como se ha querido suponer? ¿Es toda la Academia, la hondamente impresionada



da, son todos los profesores españoles los de ánimo perturbado, ó no son por el contrario mas que unos cuantos académicos y unos cuantos profesores, aquellos que mas comprometidos están á favor de las doctrinas hipocráticas, que mas aludidos se han considerado por lo dicho en mi discurso?

Hé aquí Sres. un punto cuestionable, que podría tener grande importancia para mí y para la doctrina que profeso, con la cual considero identificado el progreso médico. Yo podría debatirle para probar que no me encuentro tan solo como se quiere dar á entender; que ese argumento *ad terrorem* con que se pretende aplastarme, suponiendo que estoy en pugna no solo con la tradicion, sino con toda la generacion médica española actual, no tiene la imponderable mole que le dé la parcialidad y la pasion de unos cuantos.

Sin embargo, Sres. no esperéis que os moleste mucho tiempo, esforzándome en demostrar que esa honda sensacion, que esa perturbacion de los ánimos tiene un perímetro muy reducido; yo no haré mas que dirigirme á las personas sensatas, imparciales, desinteresadas, para indicarles que tanto en la Academia como en la masa de profesores que hayan leído mi discurso se hallarán por lo menos los v. tos como en este sa'on el día de la sesion inaugural. Si hubo personas á quienes disgustó mi discurso, no fataron otras tantas por no decir mayor número que le encontrasen digno de simpatías.

No nos detengamos mas en este punto; elevemos la cuestion á mayor altura; dejemos abandonado al juicio del público imparcial de hoy y mas al de mañana la tarea de enumerar los votos de ambas partes.

Veamos otra cosa mas grave, mas importante y superior á las pasiones é intereses de los hombres. Veamos si ha habido motivo grave y fundado para levantar la voz contra mis ideas, de una manera que no tiene ejemplo desde que ha caducado el principio de autoridad, desde que la ilustracion del siglo ha proclamado la libertad del pensamiento, la independencia de opinion, la neutralidad del corazon en las contiendas del entendimiento, la irresponsabilidad de las doctrinas en el campo de la ciencia.

Y para que se vea desde luego la gran sinrazon de los que tanto se han agitado y que tan destempladamente gritan contra mi discurso, voy á empezar consignando la irrecusable inviolabilidad de mis derechos.

¿Quién de vosotros señores académicos, se atreverá á negar la libertad del pensamiento, la independencia de opinion, el derecho indeclinable é imprescriptible que tiene todo individuo de juzgar de las doctrinas de los hombres, conforme se lo dicte su entendimiento y su conciencia?

¿Quién de vosotros querrá volver á los funestos días de la edad media, en los que era ortodoxo pensar como Platon y heterodoxo pensar como Aristóteles ó viceversa?

¿Quién de vosotros soñará siquiera en que retrocedámos á aquellos calamitosos tiempos en los que se contestaba á una doctrina disidente con un claustro de San Marcelo, como á la de Abelardo, con un calabozo de la Inquisicion, como á la de Galileo, con una hoguera

feroz, como á la de Savonarola, Miguel Servet y tantos otros?

La libertad del pensamiento, la independencia de opinion, está reconocida como un derecho inconcuso, indeclinable y tan sagrado como el primero: todo anatema, toda oposicion que se levante contra ese derecho, es un atentado tan ridiculo como indigno del siglo en que vivimos.

Como no creo que ningun académico sueñe siquiera en poner en duda ese imprescriptible derecho del hombre, le dejo por consignado y paso adelante.

Este derecho que yo tengo como hombre, como yo como mi personalidad, es vuestra obligacion, es la obligacion, es el deber de todos los demás; como lo es en mí, respecto del que cada uno de vosotros tiene como hombre libre; porque todo derecho, como diria Krause, tiene dos caras, una interna y otra externa, un aspecto de pretension, y otro de obligacion, por uno es derecho, por otro deber.

Si soy libre en el modo de pensar, si es mi derecho inatacable pensar como yo quiero, es vuestra obligacion, es vuestro deber respetarme ese derecho, ser conmigo tolerantes, como yo lo soy respecto de vosotros.

Sentado este principio absoluto, que he tenido que recordar por la intolerancia con que algunos me han atacado, veamos ahora si, relacionando con determinadas doctrinas, es tan respetable y sagrado como en abstracto.

¿Hé abusado, yo señores, de mi libertad de pensamiento, de mi independencia de opinion, de mi derecho? ¿Lo he llevado mas allá de lo debido, he atacado con él cosas inviolables ó sacrosantas, dignas de veneracion absoluta?

¿Sobre qué ha versado mi discurso inaugural? Sobre Hipócrates, es decir, sobre un hombre y sobre las escuelas hipocráticas, esto es, sobre doctrinas científicas, sobre concepciones humanas.

Ahora bien, yo pregunto: ¿es Hipócrates por ventura algun dios, el Dios que nosotros adoramos, alguna persona de la Santisima Trinidad, algun espíritu celestial, algun santo, es el Pontifice de la Iglesia Católica Apostólica Romana, ante todo lo cual tenga que rendir mi libertad de pensar, mi independencia de opinion, como quiera permanecer fiel á nuestro dogma?

¿Son las escuelas hipocráticas: sío dos ó concilios, cuyas dogmáticas decisiones constituyan artículos de fé, y como tales sean inatacables por un filósofo creyente?

Nadie habrá que responda por la afirmativa; porque, sobre hacerse notablemente ridiculo, se haria manifiestamente hereje.

Los griegos de las Olimpiadas, acostumbrados á divinizarlo todo, á satisfacer la exhuberancia de su imaginacion poética con alegorias mitológicas, pudieron honrar con la apoteosis á Hipócrates; pudieron hacer con él lo que Homero con Eneas, Aquiles, Ulises y demás héroes de su Iliada y Odissea; pudieron buscarle abuelos en los ámbitos del Olimpo, haciéndole descendir de Hércules y Esculapio, y considerarle animado por el soplo de la divinidad, tanto mas, cuanto que ha sido inseparable achaque de todos los vulgos, atribuir á los hombres, que se han

levantado algunos codos del nivel comun, una naturaleza sobrehumana.

Mas yo, que no soy pagano, yo que no soy mitológico, que no divinizo nada, que miro á todos los hombres, por grandes que sean, como agusanada prole de Adán, sin nada de extranatural, mucho menos de divino, he despojado á Hipócrates de todas esas vestiduras gentílicas; le he descalzado el coturno que le daba tanta altura en el teatro de la historia; le he sacado del altar para colocarle encima de mi pupitre, y examinar lo que dijo y escribió como me creo con derecho de hacerlo respecto de cualquiera otro prohombre de la ciencia.

Podrá ser tan grande como quiera la celebridad de Hipócrates, será tan extraordinario como se quiera su mérito absoluto y relativo; mas por todo eso no deja de ser un hombre de la ciencia, y como tal cae de lleno en el dominio de la crítica filosófica; y puesto que esta crítica me pertenece, yo puedo hablar de Hipócrates como mejor me plazca. Aquí puedo decir, con mas razon que Terencio *nihil, humanum á me alienum puto*.

Tanto en medicina como en los demás ramos del saber humano ¿no ha habido grandes ingénios, génius creadores y deslumbrantes, acreedores á la admiracion de los siglos, á los cuales debe la humanidad grandes servicios? y sin embargo, ¿han podido acaso librarse de que sus doctrinas se hayan fundido en el crisol de la crítica para ser analizadas?

¿No ha sido grande Platon, no ha sido grande Aristóteles, no han sido grandes Descartes y Bacon y tantos otros? y sin embargo, ¿se han librado sus sistemas del exámen de la crítica, de la refutacion mas ó menos vigorosa?

En las mismas ciencias médicas, ¿no han sido grandes y notables los Alejandrinos; no lo ha sido Galeno, el hombre mas sabio de su siglo, al decir de Sprengel; no lo han sido los comentadores del Bajo Imperio; no lo han sido algunos árabes; y en los tiempos modernos no lo han sido Sydenham, los Berthé, los Haller, los Brown, los Broussais, los Bichat y otros de mas ó menos nombradía?

Aun cuando yo os concediera lo que estoy muy distantes de concederos, que Hipócrates hubiese sido un génio superior, no solo á todos los prohombres médicos, sino á todas las demás celebridades de todos los ramos científicos, siempre resultaría un hombre; jamás ningun dios, jamás un ídolo inatacable, jamás un objeto superior á mi derecho de juzgarle.

Aun cuando os concediera, que tampoco os puedo conceder, que todo cuanto dijo y escribió Hipócrates fuese considerado por todos como la expresión de la verdad y del acierto, no por eso seria un abuso de mi derecho examinar y censurar su doctrina, si á mí no me pareciera exacta ni provechosa.

¿Puede prescribir, señores, delante de Hipócrates y sus escritos, mi indeclinable, mi sagrado derecho de libertad de pensar, de independéncia de opinion, solo por ser Hipócrates y por ser suya su doctrina?

Si nadie se perturba, si nadie se aflige, si nadie se alborota ni escandaliza de que sean juzgados los demás prohombres de la ciencia, por grande que sea su reputacion ¿por qué ha de haber producido esa honda sensa-

cion, esa perturbacion de los ánimos mi crítica de Hipócrates?

De estas sencillas reflexiones se desprende con la claridad del sol que yo no he abusado de mi derecho censurando á Hipócrates. Creo que no ha de haber un solo académico sensato é imparcial, digno de los tiempos en que vivimos, por muy adicto que sea á Hipócrates, que lleve su fanatismo hasta el punto de desconocer estas verdades.

Luègo tenéis que reconocer en mi discurso mi derecho tanto abstracto como concreto, tanto absoluto como relativo, tanto en general, como aplicado á Hipócrates y su doctrina.

Luego es altamente inmotivada y eminentemente injusta esa honda sensacion que ha supuesto el Sr. Santeiro en la Academia y esa perturbacion que ha creído ver en los ánimos de los profesores españoles; puesto que la causa de esa supuesta sensacion y perturbacion, es un acto de mi derecho, de mi libertad de pensar, de mi independéncia de opinion, igual al que tienen y ejercen los demás, incluso los mismos que tan duramente me atacan.

Quién se escandaliza, quién se aflige, quién se desatempla y vocea por lo que he dicho de Hipócrates en mi discurso, comete un atentado contra la libertad de pensar no solo atenta contra un derecho mio, sino contra su propio derecho.

Ya que no haya abusado de mi derecho sometiendo á Hipócrates y su doctrina á mi crítica, veamos si el abuso ha consistido en hablar de las escuelas hipocráticas.

Si en eso se hace consistir el abuso, contestaré con las mismas ó análogas reflexiones.

Esas escuelas no son cuerpos sagrados ni inviolables ante la crítica filosófica; no son corporaciones de índole dogmática ó de fé; están formadas de hombres de todas tallas y calibres tan sujetos como el primero á ser juzgados por quien no encuentre cabales sus doctrinas: no tienen ningun fuero ni privilegio para eximirse de la crítica.

Ellas podrán salir incólumes y victoriosas de tal exámen y del debate que se promueva, pero escaparse de la crítica eso no, eso jamás.

Todas las escuelas tanto médicas como filosóficas y de otros ramos científicos, han pasado por esas horcas caudinas; ninguna se ha librado de esa ley fiscal; pretender que no suceda otro tanto con las hipocráticas es la mayor de las impertinencias.

Luego tampoco he abusado de mi derecho respecto de las escuelas hipocráticas; las he juzgado en virtud de mi libre, de mi libérrima facultad de obrar así.

¿Direis acaso, señores, en vista de la evidencia de estas razones y de la verdad que salta de ellas, que nadie ha soñado siquiera en negarme el derecho de la libertad de pensamiento y de independéncia de opinion, no solo en abstracto, sino en concreto, no solo absoluto, sino relativo, no solo respecto de los demás prohombres y de más escuelas, sino respecto del mismo Hipócrates y de las escuelas hipocráticas?

¿Diréis que no es precisamente el hecho lo que ha producido esa profunda sensacion, esa perturbacion de



los ánimos, sino *el modo, las formas* dadas á mi discurso, *la manera* de tratar al venerable patriarca del arte y sus sectarios?

Pues bien: si eso es así, si lo que ha lastimado, no es el hecho en sí, sino en sus relaciones, en su modo, también contestaré, y antes de pasar al fondo del discurso, á los principios sostenidos en él y á examinar lo que ha dicho para refutarle el Dr. Santero, me ocuparé en ese modo, en esas formas, en las cuales se funda el motivo de esa sensación profunda, de esa perturbación de ánimos que han puesto la pluma en la mano del vindicador de Hipócrates.

Y no creais señores, que este punto sea ocioso, que no interese al debate, que tenga algo de digresión intempestiva; en mi concepto es lo más importante, porque su esclarecimiento es una muestra de la sin razón de la exagerada importancia, del extraño giro que se ha dado á la cuestión y que servirá para ponerla en su lugar, para reducirla á sus naturales y genuinas dimensiones, colocándola al nivel de las demás cuestiones científicas.

Puesta así la cuestión, reducida por ahora y no más que por ahora á una cuestión de modo, de formas, voy á comprender en ella todo lo que pueda caber convenientemente como propio, sin que por eso le dé más latitud de lo debido.

Voy pues á comprender: 1.º el sitio y la ocasión en que leí el discurso: 2.º las frases poéticas, alusiones ó símiles mitológicos y los adornos oratorios: 3.º el tono general del discurso ó de ciertos pasajes de él: 4.º las palabras ó expresiones que se hayan calificado de inconvenientes, ya para Hipócrates, ya para los hipocráticos.

Todo eso cabe en el modo, en las formas; nada de eso va al fondo ó sea á los principios y doctrinas; acerca de estas hablaré luego, así como de lo que ha aducido en contra el Dr. Santero.

Vamos por partes y empecemos por el sitio y la ocasión que escogí para hacer el exámen crítico de Hipócrates, y las escuelas hipocráticas.

El órgano oficial de la academia, ha tenido á bien calificarla de *Hipocrática* y ha manifestado que mi discurso no espresó las ideas de la corporación, á la cual cree que yo estaba en aquella hora representando, todo lo cual equivale á decir que no era aquel sitio, ni aquella la ocasión de escribir como lo hice.

Otros han indicado también que fué una especie de audacia, temeridad ó irreverencia hablar en el seno de una corporación *hipocrática* contra Hipócrates y los partidarios de su doctrina.

El Dr. Santero, en el exordio de su discurso, ha dicho que uno de los móviles poderosos que le han inducido á ofrecer á esta ilustrada corporación su trabajo vindicador de Hipócrates y su sistema, ha sido el reto que hice en público á todos los hipocráticos que casi en totalidad pertenecen á esta ilustre y antigua academia, y el deber de defender la doctrina fundamental que siempre ha profesado etc.

De todo eso se desprenden dos cosas: 1.ª que la Academia de Castilla la Nueva es hipocrática: 2.ª que siendo hipocrática no debió un individuo de su seno y en la se-

sion inaugural atacar á Hipócrates y á las escuelas hipocráticas.

Responderé en primer lugar á este cargo, sobre el modo que si hay en eso culpa ha sido completamente involuntaria; la primera noticia que yo he tenido de que fuese hipocrática la Academia, ha sido la que ha dado el *Siglo médico*, al regocijarse con la sudosa llegada de los artículos de mi antiguo amigo el ilustrado Dr. Varela de Montes, á favor de las doctrinas hipocráticas.

Ni en sesiones públicas, ni en sesiones privadas, ni por escrito ni de palabra, he visto nada que pueda tomarse como una declaración formal de que la Academia de medicina de Madrid tenga una bandera determinada.

Como corporación científica ignoro su programa, la fórmula de su doctrina filosófica y médica; de algunos de sus individuos sé como piensan; de otros no, porque no he visto manifestada su opinión en parte alguna, por lo menos no ha llegado á mi conocimiento.

Para saber á punto fijo cual es la doctrina de esa corporación he buscado sus trabajos antiguos y modernos, me he procurado todo lo que he podido y considerado como la expresión genuina del modo de pensar de esa academia, que tan fácilmente se ha calificado de hipocrática.

No me ha sido posible reunir en el poco tiempo que he tenido á mi disposición, más que un tomo de memorias de 488 páginas y unos cuantos discursos inaugurales que ha tenido la bondad de facilitarme el Sr. Colodron digno archivero de la Academia. Yo debo tener todos los que se han leído desde que como catedrático, soy académico nato; pero revueltos entre otros mil cuadernos y folletos y papeles de toda especie, no me ha sido fácil dar con ellos, y aun cuando los he pedido, tampoco se me ha podido facilitar una colección completa ni en tomo ni sueltos, porque, según tengo entendido, están en rama como si acabaran de salir de la imprenta.

Ahora bien, señores, de la lectura aunque algo rápida de todos esos asuntos no he podido colegir el carácter hipocrático de la Academia; no se por donde ni como se ha creído el Dr. Santero autorizado para poner á esta corporación semejante escarapela y tan terminante divisa.

En el tomo de memorias de la Academia, impreso en el año de 1797, en la imprenta real, he visto: 1.º una noticia histórica del origen, progreso y estado de la real Academia de Madrid: 2.º dos reales cédulas una de Don Felipe V. y otra de D. Carlos III, relativas ambas á la corporación: 3.º el plan de las ocupaciones en que debe emplearse la real Academia de Madrid: 4.º sus estatutos: 5.º el catálogo de los individuos, divididos en cuatro clases: 6.º el índice de los escritos de la Academia que comprende dicho tomo: y 7.º estos escritos.

Pues bien, señores: en lo que ha podido quedarme en la memoria con una rápida lectura de ese tomo, no he visto nada, absolutamente nada que demuestre el hipocratismo de esta corporación, ni oficial, ni estraoficialmente considerado.

La noticia histórica tiene 14 páginas en folio y empieza desde 1732 cuando la Academia era una simple tertulia de algunos profesores amigos de la ciencia que se reu-

nian en Sevilla, en la pieza de la librería de D. Joseph Ortega, farmacéutico y concluye en 1797.

Pues en esas 14 páginas no suena ni una sola vez Hipócrates, ni el adjetivo hipocrático, y eso que dá cuenta muy detallada del desarrollo sucesivo de esa corporación y de todas sus ocupaciones, y cuando á pesar de eso no suena dicho nombre, bien claro se deduce que aquellos buenos académicos se ocuparían muy poco en el *grande oráculo de Coos*.

Si hoy escribiese la historia de la Academia de medicina y cirugía de Castilla alguno de sus actuales académicos, ya estoy yo bien seguro que no habria de permitirse el *escándalo* y la *irreverencia* de semejante olvido, en el largo espacio de 14 páginas en folio.

No digo en cada página, en cada párrafo por no decir en cada línea habria de leerse *Hipócrates*, por aquí, el *divino anciano de Coos* por allá, el *oráculo de Coos* por acullá: el *padre de la medicina*, en fin en las siete posiciones que segun Aristóteles tienen las criaturas, á saber: asuso y ayuso, adelante y atrás, á diestro y á siniestro y al rededor; por todas partes se habia de leer ese venerable nombre del *fundador* del arte, ya nombrado directamente, ya por medio de figuras retóricas para evitar lo insípido de la monotonía.

En la primera y segunda cédula real tampoco se hace la menor mención de Hipócrates ni del carácter hipocrático de la Academia. No sé si eran bien ocráticas SS. MM. el Sr. D. Felipe V. y el Sr. D. Carlos III; lo que sí es que en sus cédulas se guardaron muy bien de manifestarse adictos al *anciano de Coos*.

El rey Felipe V. tiende sus alas protectoras, por medio de su cédula á la Academia, le concede sello é impresor y la estimula á que se afane por *la mas util y verdadera medicina cirugía y farmacia, sin mas interés que el de conseguir este fin tan esencial á sus reinos á imitación de lo que se practica en las demás Academias de Europa* y á que se dediquen y alienten al adelantamiento de mayores y felices progresos como lo estaban ejecutando, No hay nada de *Hipócrates*, ni de *ancianos* ni de *oráculos de Coos*, ni de *padres de la medicina*, ni cualquiera otra de esas gastadas frases que tanto se manosean.

El rey D. Carlos III, en su real cédula, espresa las ocupaciones en que debe emplear á la Academia, y en los 14 párrafos que tiene este plan de trabajos, no hay tampoco nada que se refiera á la medicina hipocrática, ni menciona para nada el nombre del *grande oráculo*.

La historia natural y médica principalmente de España.

La descripción de las enfermedades endémicas y propias de cada pueblo ó país.

Una relación exacta de las verdaderas enfermedades epidémicas que desvastan las provincias.

La educación de la juventud española que ha de dedicarse á la medicina y ciencias naturales que la perfeccionan.

La bibliografía médico-quirúrgica farmacéutica y de ciencias naturales de España.

La nomenclatura ó esplicación de las voces técnicas es-

pañolas, mejorando la que hasta la sazón se habia ejecutado.

La censura de las obras médicas y demás concernientes á las ciencias que abraza la Academia.

La medicina forense ó la decisión de los puntos difíciles é importantes pertenecientes á la legislación médica y forense.

La dirección de la fábrica y situación de los hospitales civiles, militares y de marina, los lazaretos, hospicios, cuarteles, cárceles, mataderos y cementerios con el debido gobierno y economía médico política, instituciones parroquiales para el socorro de los pobres y la dirección de las nuevas poblaciones con arreglo á los preceptos de la medicina y de la física.

(Se continuará).

## SECCION PRACTICA.

### CLINICA PARTICULAR.

#### Extracto de las sesiones científicas del cuerpo facultativo de hospitalidad domiciliaria.

*Primer distrito.—Sesion del 4 de febrero de 1839.* Se acordó tributar un público testimonio de aprecio á la memoria del Sr. D. Enrique Carrion y Anguiano, y se nombró al Sr. de Maquibar para que con los delegados elegidos de los otros tres distritos, determinasen el modo y forma de verificarlo. El Sr. Llanos presentó al examen de sus profesores el caso referente á una muger de 28 años, de temperamento nervioso linfático, viuda, que no habia tenido hijos y que en los últimos tiempos de casada le era muy doloroso el cóito, padeciendo desde entonces leucorrea y escasez de la menstruación y que á poco de haber enviudado, hace 3 años, empezó á aullarsele el vientre hasta adquirir el volumen correspondiente á un embarazo de 7 ú 8 meses. El vientre presentaba una dureza debida á un tumor liso, al que se podían imprimir movimientos laterales: era insensible é iba acompañado de una paraplegia, incompleta, bastante graduada, frecuentes ganas de orinar, leucorrea y escasez de flujo menstrual. La circunstancia de hallarse la enferma en el desempeño de dicha función en la noche destinada al examen, hizo que se aplazase la discusión para la sesión inmediata.

El Sr. Traver dió cuenta de los buenos efectos obtenidos con la digital en la tisis pulmonar, considerándola muy poderosa para detener sus progresos particularmente en el 1.º y 2.º de sus llamados periodos, tan difíciles á veces de distinguir. Manifestó que en el 1.º, cuando hay sensaciones molestas en el pecho, causancio, golpes de tos y pequeña fiebre errática, y en el 2.º cuando empieza la demacración, la expectoración amarillo-verdosa, la disnea, la traslación del dolor esternal á alguno de los lados del pecho y la calentura con exacerbaciones vespertinas, habia observado un alivio notable, como tambien cuando los grandes accesos de tos, los sudores, la disnea y domacración considerables, precedían la llegada de una angustiosa agnía. Acerca de la acción de la digital, dijo, que produciendo sobre el corazón una acción sedante, que disminuye el número de sus pulsaciones, y



por lo tanto, la cantidad de sangre enviada al pulmón en un tiempo dado, se daba mas lugar á que los vasos absorbentes trasportasen fuera del sitio afecto los materiales exudados por el trabajo de inflamacion que sigue á los tubérculos. El Sr. presidente apoyó la opinion del Sr. Travér y dijo que la empleaba despues de la sangria en la hemoptisis activa y tambien en las tisis incipientes y aun en las muy adelantadas, para disminuir la disnea y particularmente los sudores, efecto que atribuia á la accion diurética de la digital y por lo que disminuye la fiebre, en virtud de la sedacion que imprime á la circulacion.

Acto continuo el Sr. Maquibar refirió que al anochecer de un día que se hallaba de guardia en la casa de socorro, fué conducido por la autoridad un hombre que habia sido cogido por un coche que marchaba con velocidad. Aseguraban varias personas, y entre ellas el Sr. Conde, médico del distrito, que el paciente se habia caído boca abajo, con las piernas sobre la acera y el tronco á la parte del empedrado, circunstancia, que por haber sido el acontecimiento en la calle de los Reyes, en la que, la acera levanta mas de un pié sobre el empedrado, dió á conocer que la pared anterior del pecho debió sufrir una gran distension. Reconocido el enfermo, solo se observó una ligera tumefaccion en la region correspondiente al ángulo del omoplato, donde sentia un vivo dolor á pesar del estado de embriaguez en que se hallaba el paciente. La piel de dicho sitio no presentaba variacion de color. La auscultacion reveló estertor húmedo de grandes burbujas en la parte superior de ambos pulmones: la percusion, sonido macizo en los dos lados del pecho: la disnea era perceptible: la boca se hallaba llena de sangre negra y coagulada: la sed era intensa, el calor general muy disminuido, el pulso pequeño, concentrado y algo lento y aparecia un sudor parcial de la cabeza. Poco á poco se presentaron los fenómenos propios á toda reaccion febril: el pulso llegó á 105: se despejó la inteligencia y disminuyó la disnea. Despues la tos se hizo mas frecuente, los esputos de sangre negra comenzaron á ser de un rojo vivo, pasando pronto á constituir una hemoptisis. Se repitió la sangria y la sangre presentó un coagulo mas recogido con una ligera costra inflamatoria. A las pocas horas aumentó de nuevo la disnea y volvió la pequenez del pulso y á disminuir el calor general. Se hizo una tercera sangria y la sangre presento los caracteres de la segunda. A poco tiempo apareció enfisema en el sitio de la tumefaccion, cuyo enfisema se estendió á todo el tejido celular subcutáneo del lado derecho del tronco, y luego al de todo el cuerpo, particularmente al del escoto. El pulmón derecho no respiraba, solo se percibia algunas veces un ligero estertor mucoso. En consulta con el Sr. Inspector y los Sres. Traver, Conde y Sanchez Rubio, diagnosticaron una profunda lesion orgánica del pulmón derecho, con rotura de este y la pleura, y producida probablemente por el paso de un carruaje sobre el tronco. Se sospechó la fractura de alguna costilla del lado derecho á pesar de no haberse podido reconocer por causa del enfisema, de la tumefaccion y del dolor. Al 5.º día espiró el enfermo. La autopsia reveló la fractura de la 4.ª 5.ª 6.ª 7.ª y 8.ª costillas del lado derecho, cerca de su arti-

culacion vertebral, la fractura conminuta del omoplato en la proximidad de su ángulo inferior y la de las costillas 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª 6.ª y 7.ª del lado izquierdo, cerca de su articulacion con el esternon, el que tambien estaba fracturado oblicuamente en la union de sus 3/4 inferiores con el superior. El pulmón derecho habia perdido su testura y estaba replegado sobre sí mismo y roto: la pleura del mismo lado horadada en su parte posterior y su cavidad casi llena de sangre negra y liquida. Los músculos de la parte lateral derecha de la espalda y anterior del pecho, estaban como macerados é infiltrados de sangre negra y coagulada. La piel de estos puntos, amarillo-bronceada, como empezó á notarse en los últimos momentos de la vida. Terminó el Sr. Maquibar con algunas reflexiones acerca de los destrózos que ciertas causas traumáticas determinan en las víceras, sin que en los primeros momentos se observen los trastornos funcionales propios de tales lesiones, y dedujo de aquí la prudencia con que se debe diagnosticar y pronosticar en todos los casos, particularmente en los que reconozcan por causa una contusion mas ó menos violenta.

El Sr. Sanchez y Rubio, hizo mencion de un caso de desviacion de las reglas, por la vejiga de la orina, y otro de lúpus corrosivo, tratado con ventaja por la pomada de de turbit mineral y de azufre al interior, aplazando la historia de estas enfermas para otra sesion, por hallarse ambas en tratamiento.

El Sr. presidente dió fin á la sesion, manifestando con motivo del caso de lúpus corrosivo referido, que en su concepto, apenas habia enfermedad crónica y especialmente de las llamadas nerviosas, que no reconociera por causa la diátesis herpética, que entre los servicios que la homeopatía habia hecho á la ciencia, consideraba él como uno de los mayores, la importancia que para la produccion de los males habia dado este erroneo sistema á la llamada psora. Elogió la obra *Estudios prácticos de filosofia médica* del Sr. Gonzalez, y dijo tener ya esta opinion antes de publicarse dicho obra, por haber observado que las erupciones que aparecen en el curso de una afeccion aguda grave, coinciden con el alivio del mal y que este se cura, siempre que su manifestacion no sea contrariada por cualquiera otra causa, y haber advertido frecuentemente en las afecciones agudas lijeras, un grupo herpético, en los labios ó en otras partes, siendo mas marcada la influencia de estas erupciones en la marcha de las enfermedades crónicas, aun de las que tienen los caracteres de organicas. Concluyó diciendo que admitia grados en la saturacion producida por esta diátesis, por lo que, unas veces bastaba una erupcion pequenísimas para producir alivio, y otras era necesario que la erupcion fuese muy estensa. (LA ESPAÑA MÉDICA.)

Por extracto,

Torre.

## SECCION DE VARIEDADES.

### CRONICAS.

Mucho nos ha complacido la conducta observada por nuestro siempre apreciable colega el Siglo médico en la crónica que nos dirige en su último número

y como contestación á otra nuestra anterior. Nuestro benévolo, tolerante y cariñoso *Siglo* nos ha dado una nueva prueba de aprecio y deferencia, que nos obliga mas y mas á él, reconociendo nuestra buena fé, nuestra templanza en los escritos y el entusiasmo por todo cuanto atañe al lustre de la ciencia y al bienestar decoroso de sus profesores. Muy bien sabe nuestro colega que desde la primera de nuestras páginas hasta la última, se respiran deseos vehementes de esa unión y buena armonía por que él suspira en su último párrafo y que si alguna vez hemos sido forzados á traspasar las barreras del comedimiento que reconoce en nosotros, nunca hemos usado para defendernos mas que de las mismas armas de que se han valido nuestros adversarios para atacarnos. Cumple á nosotros hoy dejar tranquilo á nuestro colega, contribuir con todas sus fuerzas, como lo tiene acreditado, al cumplido bienestar de todos los profesores jóvenes ó ancianos, al logro y consecución de todas aquellas reformas que por su utilidad é importancia, están llamadas á dar ensanche á la carrera médica, algun tanto violentamente deprimida hoy, apesar de los saludables y continuos esfuerzos del *Siglo* y de la prensa toda.

Nuestro colega ha interpretado demasiado personalmente el soplo de inspiración, y nosotros, al hacer esta exclamación, nunca quisimos aludir á sus humildes, aunque eruditos redactores: con el a quisimos preguntarnos á nosotros mismos, si semejante rápido cambio de opinión, sería consecuencia de algun rayo de luz suministrado por alguna de las *lumberas* de la ciencia, por alguna de esas personas, que colocadas á la altura de los retablos de altar, y sostenidas por las nubes de incienso con que las perfuman sus adoradores, dirijen desde allí las riendas de la clase médica; pero de ningun modo quisimos aludir á nuestro estimable colega. Por lo demás, de nada tenemos que desengañarnos, pues antes no hemos sido engañados, ni por otros, ni por nosotros mismos: no conocemos, como hemos dicho varias veces, el reglamento en cuestion y en esto, estamos como el *Siglo Médico*; por manera, que seríamos injustos calificándole de mato ó atabándole y defendiéndole: nunca hemos tenido tales pretensiones, sábelo muy bien con su buen juicio nuestro colega; pero si hemos sentido y extrañado que los que le conocían á fondo, primero le hayan aprobado, y despues hayan dejado pasar tres años para desaprobárle. Esta es la parte que hemos tomado en el asunto, y á ello nos ha conducido el deber en que estamos aunque el mas humilde de todos, de defender los derechos adquiridos lejitimamente, y que nadie osará disputar, del cuerpo provisional de médicos forenses, de Madrid, cuyos jóvenes funcionarios, llenos de entusiasmo científico, y desgozos de haber contribuido mañana al planteamiento general de tan utilitaria reforma, vienen desempeñando en la corte por espacio de cuatro años y sin retribución alguna, tan penoso como difícil cargo.

¡Cuanto placer nos ha dado nuestro buen colega al verle dispuesto á emprender con denuedo el buen camino, el desinteresado camino de las reformas profesionales, por medio del periodismo médico bien organizado! ¡Cuanto sería el que nos diera dando el ejemplo el primero! Por nosotros no habia de quedar el secundarle,

respetando siempre de buena fé el derecho de primacia de las reformas indicadas.

**Un jóyen químico de Lion ha hallado el medio de hacer desaparecer instantáneamente las manchas que deja en las manos la manipulación del nitrato de plata. Basta para ello lavarse con aceite de linaza. No solo desapare en las manchas recientes con este procedimiento, sino que la piel cauterizada por manchas anteriores, se limpia al propio tiempo, y las manos se quedan perfectamente blancas.**

**Suscripcion á favor de un profesor.** Llamamos la atención de nuestros profesores y escitamos sus sentimientos filantrópicos, á fin de que, haciéndose cargo de la deplorable situación en que se halla nuestro companero D. Joaquin Rodriguez, ciego á consecuencia de una amaurosis que le imposibilita proporcionarse lo preciso para su subsistencia, contribuyan con las cantidades que estén á su alcance, con el objeto de remediar algun tanto su triste y lamentable situación. Al efecto queda abierta en esta redaccion la suscripcion, todos los dias no feriados, de 10 á 2 de la tarde, y se publicarán los nombres de las personas que contribuyan á tan laudable objeto.

	Suma anterior.	100 rs.
D. José García Galan y Hernandez.		10
D. Cipriano Lopez Murcia.		19
	<b>Suma.</b>	<b>129</b>

**RECTIFICACIONES.**

En los artículos del Sr. D. Antonio de Grazia y Alvarez, publicados en nuestros anteriores números, se notan algunas erratas de imprenta que *involuntariamente* y á pesar del cuidado en la correccion, han salido, muy á pesar nuestro: son las principales las siguientes:

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Debe decir.
449	1	42	epistasis	epistasis
173	1	26 y 45	ocierato	oxicrato
Id.	1	6	Bonchardat	Bouchardat
Id.	6	6	hematamesis	hematemesis
Id.	17	17	mucosanasaf	mucosa nasal
Id.	21	21	á promover	ó promover
Id.	21	21	por superiora	per superiora
Id.	23	23	por inferiora	per inferiora
Id.	23	23	Blain	Blain
Id.	38	38	darfin	dar fin
Id.	39	39	por ser yo demasiado	por ser ya demasiado
Id.	56	56	desanimarse ó descongar	desanimarse ó desconfiar
Id.	39	39	y otras, obliga	y á otras se obliga
174	1	10	atraves	á través
d.	1	15	por el mismo, tubo	por el mismo tubo

Hay algunas letras vueltas y faltas de puntuación que no alteran el sentido hasta el punto de desconocer la palabra ó cambiar el pensamiento, y que no anotamos porque creemos que todos los lectores las habrán comprendido.

Por lo no firmado,

Torre.